

BATIATUS.

Vais á ser cazados como fieras.

ESPARTACO.

Vais á vencer á vuestros dominadores. Vais á redimir á vuestros hijos.

(Setenta esclavos siguen á Espartaco, que sale hácia el campo. Ciento treinta se quedan en casa de Batiatus, inmóviles ante sus órdenes imperiosas.)

VIII.

ESPARTACO *(en la cima del Vesubio)*.

Hermoso, maravillosísimo espectáculo. ¿Por qué, por qué esta deslumbradora tierra ha de engendrar tiranos tristemente? A mis piés el mar azul, que parece un pedazo de cielo echado sobre la tierra, y que bordan de estrellas los rayos del sol. A mi izquierda, las montañas de los Abruzos, esmaltadas por reflejos de color violeta y ceñidas por nieves que fingen como diademas de nácar, pirámides de cristal. Recostadas entre pámpanos, besadas por las olas, ciudades de origen griego, hermosas ciudades llenas con todos los prodigios del arte. Aquí, allá, á manera de sirenas, que sacan sus cuerpos de las olas, para recibir los besos de la luz, esas islas que tantas veces han oído los cánticos de nuestros poetas, y han visto pasar en las triremes doradas las teo-

rías de nuestras espléndidas religiones. A mi frente, la griega Parthenope, la musa inmortal de la alegría y del amor. Allá lejos, entre las ondulaciones de las montañas, entre el reflejo de las olas, bajo el espléndido horizonte, cubierta por el follaje umbroso, el golfo de Bayas, por donde han pasado los héroes y los dioses. Tierra hermosísima, por tus dotes naturales, por tus antiguos recuerdos, por los esmaltes del arte; por el espíritu de la religion; por esas ciudades que en aromas se embriagan; por esos bosques incomparables donde crecen la adelfa, la rosa, la verbena; por tus montañas que inspiran fortaleza é independencia, por tus sonoras ondas que cantan, debieras ser en siglos de siglos la tierra de la libertad. Mas parece que tus aromas enervan, que tus placeres degradan, y te has convertido en la inmensa mancebía de los romanos. Aquí no vienen sino á libar tu miel y á traerte sus vicios. Aquí no vienen sino á comer, á dormir, á gozar seguros de que el mundo les obedece, y de que el esclavo trabaja por ellos. Tierra hermosísima, ¿por qué no has de tener sobre todos tus esplendores el esplendor de la libertad? ¿Por qué has de consentir que entre tantas bellezas se deslice esa triste deformidad moral llamada esclavitud, esa

muerte del alma, de la conciencia, de todo cuanto hay grande y bello bajo el cielo?

ORIEL.

¡Espartaco, Espartaco!

ESPARTACO.

Hermano mio.

ORIEL.

Veo la alegría en tu rostro.

ESPARTACO.

Ayer estábamos en el fondo de la ergástula; hoy estamos en la cima del Vesubio.

ORIEL.

Hay algo más vivificante que el aire, más claro que la luz, más hermoso que el cielo, y es la libertad.

ESPARTACO.

A vivir sin ella, es cien veces preferible la

muerte, sí, la muerte que solo temen los cobardes.

ORIEL.

Tu palabra de libertad ha recorrido toda Italia. Los esclavos campesinos arrojan los instrumentos de labranza, y corren á buscarte como impulsados por salvador instinto. Las puertas de las ergástulas se abren y salen los siervos al aire libre, como muertos resucitados que rompen las losas de su sepultura.

ESPARTACO.

Sea cualquiera nuestra suerte, no está en vencer la gloria, no; está en protestar, y hemos protestado. Roma sabrá que los esclavos son hombres.

ORIEL.

Por de pronto con cuchillos de cocineros hemos cortado nuestras cadenas, con esos cuchillos que solo servían para partir el blando pan de nuestros amos. Con armas de gladiadores hemos

vencido á los soldados de Cápua. Ya tenemos las mismas armas de los romanos recogidas en el botín de sus derrotas, lanzadas en la precipitación de su fuga. Confiemos y esperemos en nuestra sagrada libertad.

AGATHON.

Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO.

¿Qué hay?

AGATHON.

Los enemigos al pié de la montaña.

ORIEL.

No importa.

ESPARTACO.

Sí, no importa. El aire de la libertad nos ha fortalecido, y venceremos.

AGATHON.

¿Qué hacer?

ESPARTACO.

Se imaginan sin duda que nos han sorprendido.

AGATHON.

Ciertamente.

ESPARTACO.

Pues debemos sorprenderlos á ellos.

AGATHON.

¿Cómo? ¿Cuándo?

ESPARTACO.

Sangre fria, amigo, sangre fria. En la guerra no hay peor enemigo que el propio atolondramiento.

ORIEL.

Manda, y serás puntualmente obedecido.

ESPARTACO.

¿Ellos suben?

AGATHON.

Sí, suben.

ESPARTACO.

La subida es penosa.

ORIEL.

Penosísima.

ESPARTACO.

Dime, Agathon, ¿mandaste fabricar las escalas que te encargué?

AGATHON.

Hechas están.

ESPARTACO.

Nos hemos salvado.

ORIEL.

Tu serenidad inspira completa confianza.

ESPARTACO.

¿Han venido los espías y escuchas?

AGATHON.

Por ellos tenemos todas estas noticias.

ESPARTACO.

¿Cuántas gentes vienen?

AGATHON.

Como unos tres mil soldados.

ESPARTACO.

Están pues perdidos. ¿Qué general los manda?

AGATHON.

El pretor Clodio.

ORIEL.

Esta montaña es inexpugnable.

ESPARTACO.

Y no hay para subir á ella más que un solo tortuoso sendero.

ORIEL.

Y es tan ágrío que difícilmente llegarán hasta nosotros.

ESPARTACO.

Aunque el volcan se haya apagado, extinto, resbaladizas frias lavas lo cubren por doquier, y viñas salvajes lo guardan contra las asechanzas de los enemigos. Defendámonos, defendámonos como buenos.

AGATHON.

Manda y serás obedecido.

ESPARTACO.

Es necesario sorprenderlos.

ORIEL.

Ordena, pues.

ESPARTACO.

Finjamos, poniendo centinelas por los sitios visibles á sus ojos, que los aguardamos.

AGATHON.

Bien.

ESPARTACO.

Y mientras ellos suben, suspende de los otros costados de la cónica montaña, las escalas de sarmiento, hechas por nuestros soldados.

AGATHON.

Estarán suspendidas al instante.

ESPARTACO.

Y en cuanto estemos al pié, reunidos, disciplinados, con el sigilo del zorro, con la furia del leon, con la agilidad del tigre, con la rabia de la hiena nos lanzaremos todos juntos sobre nuestros enemigos, y los aplastaremos ni más ni ménos que el alud, desprendido de las montañas de nieve, aplasta cuanto encuentra en su rápida carrera.

ORIEL.

A la pelea.

AGATHON.

Corro á cumplir tus órdenes.

CINTIA (*apareciendo en la cima*).

Espartaco, he consultado los dioses, y nos prometen una segura victoria.

ESPARTACO.

Cintia, esposa mia; Oriel, hermano mio, sea la que quiera nuestra suerte, la protesta escrita está; la flecha lanzada. El mundo no ha de permanecer eternamente encerrado en la ergástula

romana; la tierra no ha de ser perpétuamente el lecho donde Italia se entregue á sus placeres. Algun dia estos esclavos, que ahora trabajan como bestias, se acordarán de que son hombres. Y entonces buscarán, sino mis huesos destrozados en la voracidad de la naturaleza, mi nombre, y lo pondrán junto á sus héroes, junto á sus mártires; y lo trasmitirán, como un ejemplo digno de ser seguido é imitado, á todas las generaciones; y los historiadores, que ahora me desprecian, registrarán el dia luminoso de esta rebelion sublime como uno de los dias creadores del hombre, como uno de los dias sagrados en que comenzó la redencion del esclavo.

IX.

CLODIO (*al pié del Vesubio, dirigiéndose á los soldados romanos.*)

Soldados, ya lo habeis visto. La más infame de las rebeliones amenaza á Roma, á la ciudad, ante quien se postran de hinojos todos los pueblos. Aquellos seres, que solo merecen vuestro desprecio, inferiores al perro que guarda vuestras casas, han querido ser, como vosotros, hombres, cual si los dioses, al crearlos para la servidumbre, no les hubiera negado el alma. Vosotros no podeis vacilar, ni dudar un momento. La ciudad que ha sometido desde la sabia Grecia hasta la risueña Bética; la ciudad que ha penetrado victoriosa en Asia y en Africa; la ciudad que ha vencido á Annibal y á Mitridates; que ha entrado dentro de sus muros, y en calidad de despojo, al feroz Yugurtha, no se aterrará porque innobles